

Enfermeras en el frente

En lo más reñido de la batalla, las enfermeras del Ejército de los Estados Unidos hacen frente a la muerte con tanta sangre fría como los más curtidos veteranos... En este artículo se presenta la historia de su heroísmo relatada por primera vez por su comandante en jefe.

*por el General de División Norman T. Kirk,
Cirujano Principal del Ejército de los
Estados Unidos.*

(Propiedad literaria de la revista AMERICAN, Mayo de 1944).

Tres soldados norteamericanos heridos que se hallaban en la tienda de campaña de un hospital, hasta donde llegaba el ruido de los cañones que tronaban en el frente italiano, se bromeaban con su enfermera que en ese momento atendía a sus quehaceres ordinarios.

"¿Para dónde irá Ud. de aquí?" le preguntaban: "¿Por qué no se queda con nosotros?"

La enfermera, Primera Teniente Helen H. Eloila, de Evanston, Illinois, estaba ya acostumbrada a esto. El hecho que los pacientes se chancearan en esa forma era prueba de que estaban mejorando. Ella no hacía más que sonreírse y decirles. "Tengo que atender a muchos otros heridos que están en peores condiciones que Uds."

"No se lo creemos," le gritaba uno de ellos, y todos soltaban la risa.

Varios días después fué necesario consolidar, bajo un mismo techo, a todos los pacientes de las demás tiendas del hospital. Por primera vez estos tres soldados tuvieron oportunidad de darse cuenta de las cosas que su enfermera tenía que hacer y esto les causó una dolorosa impresión. La Teniente Eloila nos contó que después de eso los tres soldados se retiraron a un apartado rincón y no hablaban sino en voz muy baja.

En el Hospital de Evacuación habían centenares de hombres, muchos de los cuales ni siquiera podían bromear por más que trataran. Algunos de ellos no tenían piernas ni brazos. Otros habían sido heridos en la cara por fragmentos de metralla y su aspecto distaba mucho de ser humano. Se hallaban tan desvalidos que las enfermeras tenían que prodigarles toda clase de cuidados y ayudarlas en todo, como darles la comida y sostener sus cigarrillos para que pudieran fumar. El verlos allí todos juntos de esa manera, tendidos

en innumerables camillas manchadas de sangre y atendidos por un puñado de enfermeras, era suficiente para despertar en cualquier hombre un sentimiento de reverencia y respeto por esas abnegadas mujeres.

Y si esos tres soldados norteamericanos que se hallaban en el frente de batalla no se habían dado cuenta hasta ese inolvidable momento de lo que el Cuerpo de Enfermeras del Ejército de los Estados Unidos tiene que afrontar y de la manera tan bondadosa y denodada con que sus miembros ejecutan sus labores, es del todo improbable que los que se hallan a gran distancia del frente se formen una idea acerca de las fatigas y peligros que estas mujeres sobrellevan con tanto ánimo para que los soldados de los Estados Unidos se encuentren cómodos y contentos en los frentes de batalla del mundo.

Esta es la primera guerra en que ha sido necesario llevar enfermeras del Ejército de los Estados Unidos a Hospitales de evacuación situados a una distancia de 5 a 10 kilómetros del frente de batalla. En más de una ocasión las enfermeras se han visto cogidas de sorpresa en medio de una batalla donde, expuestas al fuego del enemigo, se han conducido con tanta sangre fría como los más curtidos veteranos. Al escribir este artículo, unas 13 enfermeras han sido heridas, 3 han perdido la vida instantáneamente y otras 2 han muerto de heridas. La razón por la cual se ha considerado necesario llevar a estas mujeres tan cerca del frente y hasta hacerlas desembarcar en puestos de defensa en costas disputadas, es la gran rapidez con que avanza la línea de combate en la guerra mecanizada.

Las estaciones de socorro de los batallones, que son pequeños hospitales ambulantes, enteramente a cargo de cuerpos médicos y facultativos, son los puestos de primeros auxilios en el frente. En esas estaciones los heridos sólo reciben auxilio rápido, provisional y de emergencia. Luego son conducidos en camillas o ambulancias al hospital de evacuación más cercano. Allí reciben el primer tratamiento de plasma sanguíneo para conmoción nerviosa y, cuando es necesario, son sometidos a operaciones quirúrgicas. Es allí también donde, por primera vez después de haber entrado en combate activo, tienen oportunidad de ver de cerca a las enfermeras del ejército, y no hay más que imaginarse la intensa satisfacción, la sensación de seguridad y el profundo alivio que experimentan al tener a su lado a estas mujeres norteamericanas que, en el curso del tratamiento,

desempeñan un papel más importante en el restablecimiento de la salud que cualquier otro factor psicológico.

No son sólo el plasma sanguíneo, las inyecciones de morfina y las milagrosas drogas sulfa los que contribuyen a salvar las vidas del 97 por ciento de los heridos — dos veces más que la última guerra — sino también la atención delicada, indulgente e infatigable que las mujeres en el frente prodigan a estos heridos.

Estas enfermeras visten exactamente como los soldados — camisa, blusa y pantalones color aceituna, botas de campaña, mascararas antigás y cascos de acero. Se mueven constantemente sobre el piso lleno de barro, por entre las camillas de las tiendas del hospital, a la luz de velas o lámparas de kerosén. A través del costado de lona de las tiendas pueden verse las llamaradas de los cañones y escucharse el fragor de la batalla que se libra en las cercanías. Las camillas están ocupadas por cuerpos mutilados. Hay sangre en sus uniformes y barro en sus caras. Pero allí están las enfermeras, inclinadas sobre ellos, vendando heridas, administrando plasma o drogas, dando a beber agua, repartiendo cigarrillos, tomando la temperatura. Y ni siquiera se escucha un quejido ni un lamento. Brillan los ojos que se conservan ilesos; resplandecen los rostros que no han sido desfigurados... Este mismo relato me ha sido hecho infinidad de veces.

No obstante, en los Estados Unidos algunos han criticado el plan de enviar mujeres a una distancia tan grande. Pero está comprobado que ni una sola de las que están en el frente abandonaría su puesto si pudiera. Entre las enfermeras retiradas del frente de batalla no ha habido ninguna que no haya suplicado, a veces con lágrimas en los ojos, que la dejen regresar. Y todas las mujeres que están en servicio activo, ya sea en los Estados Unidos o en zonas críticas allende los mares, ansían ir a los frentes de batalla.

Cuando la Primera Teniente Helen Talbot hizo el viaje a ultramar junto con el Cuerpo de Enfermeras del Ejército de los Estados Unidos, su convoy fué atacado por submarinos en repetidas ocasiones. La Teniente Talbot prestó sus servicios durante la campaña de Túnez, en días lluviosos o muy calurosos; en ocasiones se hallaba a una distancia de diez o menos kilómetros de la línea de combate. Más adelante desembarcó junto con los soldados de infantería en un puesto de defensa en la costa de Sicilia, luego siguió en pos de las fuerzas atacadas hasta llegar a Palermo y de allí conti-

nuó hasta Italia donde el barco en que hacía la travesía fué bombardeado en la Bahía de Salerno.

Finalmente logró llegar a la costa, toda desaliñada y enjupada en agua, llevando por toda indumentaria pijamas y zapatos de tenis. Al día siguiente se hallaba nuevamente en su puesto. En la tienda quirúrgica de un hospital de evacuación, dirigiendo a las otras enfermeras que atendían a hombres casi destrozados por las balas y granadas del enemigo. Esto era suficiente para poner a prueba al hombre más fuerte.

Pero varias semanas más tarde, a pesar de todas las tribulaciones y penalidades por que había pasado, la Teniente Talboy fué la primera en ofrecerse para desembarcar con la infantería en Anzio.

Algunos de los oficiales me dieron a saber posteriormente que hubo un momento en que creyeron que la teniente se hallaba al borde de una postración nerviosa. Los bombardeos de metralla y explosivos habían sido muy intensos. Esta era una prueba demasiado severa después de todo lo que ella había experimentado. Se hallaba en un estado de abstracción constante y a veces se temía que iba a perder la razón en una crisis.

Esa crisis no tardó en sobrevenir. Cierta tarde los aviones alemanes volaron sobre las tiendas de campaña del hospital y dejaron caer sus bombas. Encontrábanse las enfermeras dedicadas asiduamente a sus tareas ordinarias, alentando y asistiendo a los heridos en sus cuadras, cuando en cuestión de segundos el sitio quedó convertido en una horrible hecatombe. Entre las ruinas de las tiendas, yacían los heridos, muertos y agonizantes. Se oían por doquier gritos de auxilio y lamentos. Tres enfermeras perecieron instantáneamente y otras tres sufrieron heridas tan graves que sucumbieron más adelante. La escena era suficiente para desesperar o sobrecojer de terror a cualquier. En ese sitio no habían sino heridos, enfermeras y médicos que no estaban preparados para un ataque directo contra el hospital, claramente marcado con cruces rojas, en flagrante violación de las leyes internacionales.

La Teniente Talboy se hizo cargo inmediato de la situación. Convocó a las enfermeras sobrevivientes y les dió sus órdenes con toda serenidad; les entregó vendajes y efectos de primeros auxilios, y las puso a trabajar entre los heridos. También hizo que se cubriera con lienzo a los muertos. En unos cuantos instantes que parecían una eternidad, se logró restablecer el orden. En los ojos de esas mujeres

ya no habrá temor, solo compasión, bondad y confianza. Y aún la *Teniente Talboy* no se daba por vencida. Los demás tampoco deseaban abandonar sus puestos.

Esas valientes enfermeras se proponen seguir en pos de los soldados de los Estados Unidos, pasando por el infierno, si las dejamos. A raíz de ese desastre, las enfermeras de otras unidades nos rogaron que las dejásemos ir a Anzio para prestar su ayuda.

El año pasado, mientras se hallaba a bordo de un transporte con tropas rumbo al África, la *Teniente Ruth Haskell*, de Portland, Maine, sufrió una grave contusión en la espalda al caer de lleno contra su litera durante una tormenta. No se atrevía a decirle nada a nadie por temor de que la hospitalizaran y la pusieran fuera de servicio. Para desembarcar era necesario saltar al agua profunda llevando sobre la espalda una carga de 25 kilogramos. A pesar de esto, la *teniente* saltó al agua junto con las otras y nadó hasta la playa.

Algún tiempo después se encontraba la *Teniente Haskell* en una sala quirúrgica improvisada en el frente de batalla, ayudando en las amputaciones, el vendaje de heridas y el entablillado de fracturas. Cada vez que el viento hacía mover a un lado la frezada de oscurecimiento de la ventana, un tirador experto alemán disparaba contra la linterna eléctrica del cirujano. La *teniente* no se intimidó ni hizo ningún aspaviento excepto, tal vez, el producido por el dolor en la espalda.

Todos los hombres en su cuadra la conocían perfectamente por ser una de las enfermeras en servicio más risueñas, y ninguna de ellos sospechaba siquiera que la *Teniente Haskell* sufría dolor, lo mismo que ellos, mientras los atendía. Sin duda, aun estaría sirviendo en ultramar si no hubiera sido porque el golpe que recibió en la espalda no hubiera terminado por paralizarle una pierna. Fué conducida nuevamente a los Estados Unidos para someterla a una operación, lo cual la enfureció tanto como el tirador experto que disparaba contra la linterna eléctrica del cirujano.

En la zona del Pacífico del Sur hay también centenares de enfermeras, pero éstas son destinadas al servicio lejos del frente de batalla. No se ha considerado prudente enviarlas más cerca para no exponerlas a que sean capturadas por los japoneses. Por otra parte, las condiciones de vida en las selvas son tan precarias que se dificulta en extremo proveer alojamiento adecuado para las mujeres. Pero las enfermeras en los hospitales de evacuación y de base están

rindiendo servicios heroicos que se dificultan aun más por el calor intenso y las numerosas enfermedades de los trópicos.

He consagrado la mayor parte de este artículo a las mujeres en el frente porque, en algunos respectos, sus actividades son más aparatosas. Pero hay otras ramas del servicio que proveen situaciones casi tan dramáticas como las de las "enfermeras en el frente".

Las enfermeras en los buques hospitales, trenes, aviones y en los grandes hospitales de base de los Estados Unidos están cumpliendo también una gran misión. Porque no sólo tratan de sacar cuerpos maltrechos sino que también contribuyen a restablecer espíritus quebrantados. Para esto sólo se requiere una cualidad: nobleza de alma.
